

## CAPITULO VII.

Política internacional seguida por la casa de Austria.— Enrique VIII de Inglaterra.

**INDUDABLEMENTE** la idea que en el siglo XVI hubo de ejercer mayor influencia en la situación material y política de todos los pueblos de Europa, fué la reforma religiosa comenzada á predicar por Lutero.

Quizas en su principio hubiera podido ahogarse la voz y las doctrinas del atrevido reformador, pero la protección que le dispensaron diversos Estados alemanes, y el no creer tal vez Roma que las reformas que aquél proponía debían combatirse con otras reformas, dieron aliento á la que principi6 siendo débil brasa para convertirse bien pronto en formidable hoguera.

Leon X creyó las predicaciones de Lutero celos de convento con motivo de la concesión de la bula de indulgencias para la construcción de la basílica de San Pedro en Roma, y aunque en realidad ese fué el principio de los discursos y escritos de Martin Lutero, estaba más en lo justo, á nuestro entender, el emperador Maximiliano al pedir al Pontífice que vibrara las armas espirituales, que el papa Julian de Médicis al responderle: *Invidie fratesche*.

No comprendió Lutero, estamos seguros de ello, toda la trascendencia que sus predicaciones debían tener: no cabía en su mente que su teoría de libertad de examen pudiera conducir al levantamiento de los aldeanos, por medio de una deducción lógica; si se lo hubiera figurado, abrigamos la convicción de que no habría perturbado la cristiandad con su extraña teoría.

Y abrigamos esa convicción examinando su conducta posterior, al ver la prisa que se dió á desautorizar aquel levantamiento, y á exhortar á los señores para que castigaran sus excesos.

Pero era ya tarde por desgracia.

Sus teorías habían hecho mucho progreso en poco tiempo, porque halagaban las pasiones de la muchedumbre.

La máxima, ó mejor dicho, el principio que el agustino sentaba, alegando la igualdad humana, para negar al Papa el derecho de mandar al Emperador, hizo deducir á la nobleza que tampoco tenía el Emperador ningún derecho de mandarla á ella; y el populacho entonces, imitando á sus señores, concluyó que éstos tampoco tenían derecho de mandarlos, de cazar ni de pescar, y de aquí la fermentación de las pasiones.

Toda doctrina nueva encuentra pronto adeptos, apóstoles y hasta mártires. Esto aconteció con la reforma iniciada. Munzer fué uno que desarrolló más sus doctrinas, predicando máximas que despues se han compendiado en el moderno socialismo, produciendo el sangriento levantamiento de Alemania que ocasionó más de cien mil víctimas.

Cárlos V tuvo que sucumbir á la idea nueva, porque para vencer á los turcos tuvo que aliarse con los herejes por el tratado de Nuremberg, que equivalía á un compromiso de tolerancia religiosa. El Emperador incurrió en el mismo error que los papas, y la cuestión religiosa se hizo la gran dificultad y la gran revolución del siglo.

Vino á darle aún mayor importancia la conducta de Enrique VIII de Inglaterra.

Este Monarca, que había merecido del Papa el título de *Defensor de la fe* por sus escritos en contra de la herejía, para realizar su divorcio, que el Pontífice se negaba á autorizar, se aparta de la comunión católica, hace ley del Estado la doctrina protestante, fomenta la escisión del género humano, y él, que era el primer aliado de Cárlos V, se convierte en su natural enemigo.

Fuerza es, sin embargo, decir que si bien el divorcio que el Papa se negó á autorizar fué el motivo ostensible del rompimiento de Enrique VIII, hubo otras causas determinantes, que casi puede asegurarse fueron las principales.

Enrique VIII era, por decirlo así, el regulador en las discordias de Cárlos V y Francisco I; mas no como un amigable arbitrista, no como un intermediario de buena fe, sino á la manera de un *condottiero* italiano, vendiendo sus servicios al que mejor los pagaba, y haciendo de esta suerte con su peso inclinarse la balanza del lado que él se ponía.

Su primer ministro codiciaba el capelo, y el astuto Cárlos V le burló varias veces, dando con esto lugar á que, en odio á España, y viendo que Roma se lo había negado, aconsejara al rey Enrique que se retirara del gremio y obediencia de la Iglesia.

Mientras Cárlos se distrae en distintas guerras, el protestantismo se difunde rápidamente por Europa, amenazando hasta la misma Roma: príncipes y monarcas poderosos lo establecían en sus diversos Estados, en otros abolían el Catolicismo, y Cárlos V se veía obligado á halagarlo ratificando en las dietas de Francfort y Ratisbona las concesiones otorgadas en Nuremberg.

Entre tanto en España se alza un nuevo campeón en pro del Catolicismo, y ¡cosa extraña! en Alemania un religioso lo combate, y aquí un militar lo apoya.

Ignacio de Loyola funda su *Compañía de Jesus*, cuya organización no podía ser más adecuada á sus fines. No puede negarse á su fundador genio y talento organizador. La Compañía era institución de oportunidad. Era una reacción traída por el exceso de la anarquía religiosa.

Cuando se reunió el Concilio de Trento protestaron los refor-

mistas contra la legitimidad de aquella asamblea. Sin embargo, el Concilio formuló una profesión de fe en que se condenaba la doctrina luterana. A tal tiempo murió Martin Lutero (1546). Los protestantes se sentían fuertes para rechazar la autoridad del Concilio, y era muy difícil hacérsela aceptar. Cárlos, más desembarazado, creyó llegado el momento de obrar con energía. Reune sus tropas y las del Papa, disimulando sus propósitos; mas los protestantes los traslucen y oponen á sus fuerzas un poderoso ejército. Cárlos, aunque inferior en fuerzas, desarrolló todo su genio militar y venció á sus enemigos, deshaciendo la liga de Smalkalda. Primera guerra de religion entre cristianos.

El eterno rival del Emperador, Francisco I de Francia, aprovechó los triunfos de aquél para procurar desacreditarle, presentándole como aspirante á la dominación universal, y levantando en su contra una cruzada general de potencias. Afortunadamente la muerte le sorprendió en sus tareas, y no tuvo lugar la conflagración universal que se preparaba. Cárlos emprendió su segunda campaña contra los únicos príncipes que aún le hacían frente: el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse. Al poco tiempo entrambos príncipes eran sus prisioneros, y el Papa, que antes estaba celoso de su gloria, le da los títulos de *Máximo, Augusto, Germánico é Invictísimo*.

La traslación del Concilio desde Trento á Bolonia entorpece la obra comenzada, y produce una escisión entre el Pontífice y el Emperador, escisión de la cual nació aquel famoso *Interim* que, ni contentó á los protestantes, ni podía satisfacer á los católicos.

El Emperador, en su política internacional, digámoslo así, creóse multitud de dificultades; su propia ambición le perjudicó en más de una ocasión, y por aspirar á aquel dominio universal que pretendía, creóse graves dificultades que consiguieron finalmente amedrentarle, y prueba bien elocuente de esto fué el famoso tratado de Passau.

Cárlos V tuvo el arte de disgustar á todos aquellos con quienes tuvo algunas relaciones. Testigos de esto son Francisco I preso, el saqueo de Roma, la falta de buena fe cuando en la dieta de Worms se proponía romper el salvo-conducto concedido á Lutero, y otros rasgos que no recomendamos sus actos.

La misma conducta que en España observó lastimando el orgullo nacional, repartiendo los cargos públicos entre sus flamencos, violando leyes y costumbres, convocando córtes y disolviéndolas luego que las obligó á votar los subsidios, deja mucho que desear para un soberano que desee pasar á la historia con el sobrenombre de justo.

No escarmentado su hijo con el ejemplo del padre, prosiguió en el mismo sistema de dominio universal, y aún cuando por caminos distintos, fué, sin embargo, á buscar el mismo fin.

¿Era posible que diese buenos resultados la política de Felipe II, tendiendo siempre á inmiscuirse en la vida de las demás naciones?

Por ningún estilo, y prueba de ello ha podido verse bien patente en el reinado de aquel Monarca.

Lo mismo en Inglaterra que en Flándes, y de igual modo en Francia que Italia, aspirando siempre á ejercer una gran influencia, provocaba conflictos que redundaban en perjuicio de su propio pueblo.

Aquella malhadada ambición que tan poderosamente dominó á los dos primeros monarcas de la casa de Austria, abrió tan hondas heridas para con las demás naciones de Europa, que estuvieron destilando sangre durante los tres reinados subsiguientes.

Ni Felipe III ni Felipe IV tuvieron el espíritu guerrero de Cárlos, ni la astuta sutileza de Felipe II; pero en cambio tuvieron su misma ambición y afán de entrometerse en los ajenos negocios, sin aprender en los repetidos reveses que sufrían.

Respecto á Cárlos II, ya tenemos manifestada nuestra opinión al hablar de su reinado.

Aquel Monarca, de quien en otro lugar hemos dicho que ni aún había sabido ser hombre, no era posible que pudiese tener iniciativa para proseguir una marcha determinada, ni para hacer política propia en el exterior; así fué que dejó abierto el campo para todas las ambiciones, y en vez de intervenir como sus antecesores en las cortes extranjeras, éstas fueron realmente las que vinieron á intervenir en los asuntos de España.

Tal era el camino que á esta nación prepararon las ambiciones del primer monarca austriaco, y las maquiavélicas aspiraciones del segundo Felipe.

Un historiador moderno, reasumiendo de este Monarca sus actos y la triste herencia que legaba á sus sucesores, dice así:

«De modo que Felipe II, despues de una guerra de más de treinta años, provocada con su intolerancia religiosa y política, guerra en que se derramaron ríos de oro y arroyos de sangre, guerra que aniquiló las bellas provincias flamencas y empobreció á España, dejó en herencia á sus sucesores el costoso protectorado de aquellas mal sujetas provincias, pujante la rebelión en otras, y todas en inminente peligro de emanciparse pronto, como veremos que sucedió, del señorío de España».



J. SERRA. Lit.

L. VIDAL. Dib.

LUIS XIV.

## CAPITULO VIII.

Política internacional seguida por la casa de Austria.—Francia.

DESDE los primeros momentos de la casa de Austria la vemos ya en pugna con el rey de Francia.

Cárlos I no podía soportar á Francisco I. Este antagonismo de dos monarcas produjo la ruina de dos naciones y la perturbacion de toda Europa por un dilatado período. Uno y otro eran ambiciosos; uno y otro estaban sedientos de gloria; uno y otro aspiraban á una soberanía única, y lógico era que no se pudieran ver.

Las escisiones dieron comienzo, las guerras siguieron despues, los odios y las envidias se enconaron, y de padres á hijos fué prolongándose esa lucha en que la raza más poderosa al principio tuvo al fin que humillarse completamente débil y abatida.

Si Francisco I hubiera tenido más talento, la guerra entre él y Cárlos no habría dejado de ser encarnizada; pero quizá no se hubiera hecho con las armas, y al fin si España había de llegar á los mismos resultados, al ménos no habría tenido que llorar la pérdida de sus valientes hijos y de sus tesoros, combatiendo por la realizacion de un plan quimérico, de la dominacion universal, sin considerar que la unidad que soñaba era imposible, porque en todo pueblo es preciso acomodar las leyes á sus costumbres y organizacion social.

Desgraciadamente Francisco no era más que un vanidoso, tan preciado de gallardo mancebo como de forzado y sufrido soldado, como lo acreditan la lucha en el Campo de Oro, y las veinticuatro horas que escribió haber pasado á caballo en Pavia, y para satisfacer esa vanidad, al propio tiempo que su ambicion, no vacilaba en sostener y encender guerras.

¡Y un hombre que tenía tales debilidades intrigaba con poetas, pintores y artistas para que le denominaran *gran rey*! Misterios del corazon humano.

Empero no era eso todo. Entraba por mucho en las cuestiones internacionales la deplorable política que (permitásenos la frase) parecía haberse puesto de moda en aquel tiempo.

Como si todos los monarcas de aquella época hubieran estudiado en la misma escuela, la política seguida por todos ellos es falsa, artera, disimulada; política de emboscadas, en que es preciso más adivinar y evitar los golpes que defenderse de ellos.

Así vemos á Cárlos I en Italia, á Francisco de Francia, ya celebrando alianzas con el Pontífice, ya haciendo pactos con los protestantes; entregando su espada en Pavia bajo la fe de caballero, y tratando de evadirse de la prision; ofreciendo ceder territorio y haciendo una abdicacion con fecha anticipada; llamándose protector de las artes, y persiguiendo á Cellini porque tuvo la desgracia de desagradar á la duquesa d'Etampes; dándose el nombre de amante del progreso, y mandando inutilizar las imprentas; ¡y este Rey, que perseguía con una saña y un disimulo injustificado á sus mejores servidores, escribía de buena fe que *todo lo había perdido ménos el honor!*

Tal era la política de la época. ¿No tenía preso Cárlos I á Clemente VII y mandaba hacer rogativas por la libertad del Papa?

El mismo Leon X, el mismo Clemente VII no pudieron librarse de aquella especie de influencia que, como si circulara en la atmósfera, parecía extenderse por todas partes.

Prueba de ello son las distintas alianzas y contraalianzas que, ya con Francia, ya con España, Milan y otros Estados, celebraba á cada momento, y que revelaban una vacilacion poco honrosa en el jefe de un Estado, ó un temor exagerado.

Cárlos I, Francisco I, Leon X, fueron dignos ascendientes de Felipe II, Enrique IV y Sixto V, con la sola diferencia de que en los tres segundos había ya una energía, una firmeza de ideas, una tenacidad, una perseverancia en alcanzar el fin propuesto, que no llegaron á poseer los primeros, y que ellos vieron premiada, porque el éxito correspondió á sus esfuerzos.

Felipe II recibió en herencia el odio de su padre hacia aquella Francia que tantos desastres nos había causado ya.

Es verdad que su odio y su antipatía no eran tan radicales, digámoslo así, que le impidieran ambicionar el trono de aquella nacion para sentar en él á su hijo y hacer allí su política.

Pero era porque en Felipe la ambicion y el orgullo lo dominaba todo.

Sus odios, sus antipatías, sus afecciones, todo era hijo de la ambicion, ó mejor dicho, todo estaba fundido en el horno de la ambicion y del predominio.

Francia, de la misma manera que á su padre, prodijóle males de inmensa trascendencia; pero más irritado cuanto más rudos eran los golpes que recibía, no quería escarmentar, y hacía más profunda la division y el antagonismo entre dos pueblos que, en el mero hecho de haber estado tan vecinos, debieran haberse tenido más afecto.

Sus sucesores siguieron su misma huella. Pero si la condicion, el valor y la fortuna de los dos primeros monarcas habían conseguido por lo ménos mantener la balanza sin que se inclinase en pro ni en contra, la ineptitud y el abandono de

los tres restantes nos produjeron reveses sobre reveses, cuando ántes en más de una ocasion habíamos alcanzado importantísimas victorias.

Un historiador moderno, D. Modesto Lafuente, ocupándose de la influencia ejercida por Francia en el reinado de Cárlos II, dice así:

«Más de treinta años hacía que Luis XIV y el emperador Leopoldo se estaban disputando con prodigiosa antelacion la herencia de España. Ya en 1668 se la habían repartido entre sí con arbitrariedad escandalosa. La situacion de Europa varió despues. Cárlos II de España contrajo primeras y segundas nupcias. El Emperador tuvo sucesion, y de una infanta de España nació el príncipe de Baviera. Aumentáronse con esto los que podían tener derecho á la corona de España. Las guerras produjeron hondas enemistades entre el austriaco y el francés. Cuando Leopoldo vió rotas todas las antiguas alianzas de la Francia, disuelta la liga del Rhin, la Alemania unida al Austria por temor del francés, la dinastía de Orange reemplazando en el trono de Inglaterra á los Estuardos, la Suecia empeñada en los negocios del Norte, la España en guerra con Francia, y á Luis XIV aislado y solo, entónces ya no se contentó con una parte de la herencia española: aspiró á poseerla íntegra. Quiso inutilizar á todos los que podían derribar sus derechos de las hembras descendientes de Felipe IV, haciéndolos remontar á las que descendían de Felipe III; así se erigió en único y legítimo heredero de Cárlos II.»

En otra parte dice el mismo autor. «En tal estado la paz de Ryswich (1699), en que Luis XIV ha tenido la destreza de dejar suelto el cabo de la sucesion española, le permite reanudar los hilos de la trama que había venido urdiendo desde su matrimonio con la infanta de España. Entónces se presenta en Madrid el embajador francés. Hábil, astuto, amable, pródigo, fecundo en artes diplomáticas, vence al embajador alemán, y le hace retirar desesperado y aborrecido. El partido austriaco, que era el dominante, se debilita; robustécese el francés; afilíase en él el cardenal Portocarrero, el inquisidor general y otros magnates; es apartado del lado del Rey el confesor de la fraccion austriaca, y es traído al confesonario una hechura del Cardenal.»

De esta suerte se preparaba el advenimiento de Francia, de la casa de Borbon, al trono de España, y Luis XIV, cuyo sueño dorado había sido este predominio, pudo verle realizado.

Desde que en la persona de Enrique IV había sido llamada la dinastía de Borbon á regir los destinos de Francia, todos los monarcas de esta casa habían codiciado la posesion de España, y á este fin habían puesto en juego cuantas influencias habían estado á su alcance para lograr este objeto.

La astucia y habilidad de Enrique IV se habían estrellado ante el disimulo, la ambicion y la energía de Felipe II. Más tarde el hijo de éste y su nieto, por su carácter indolente y dado á galanteos, así como por la desgraciada eleccion de sus ministros, fueron los que más contribuyeron á la ruina de la nacion; pero no pudieron lograrla los que la codiciaban, gracias á los constantes y vigorosos esfuerzos hechos por los buenos españoles que ocupaban cargos públicos, y que con el mayor patriotismo se dedicaban á corregir con sus actos los errores que los monarcas y sus favoritos cometían, errores que se traducían para España en la pérdida de Nápoles, del Rosellon, de Portugal y de otras comarcas, preciosos florones de su corona.

A ello contribuía la política opresora seguida por tanto tiempo por Cárlos I y Felipe II, bajo la cual los pueblos se sentían dominados por una mano de hierro que no les dejaba respirar.

La ambicion del Emperador y el fanatismo de su hijo fueron, por decirlo así, las dos primeras palancas con que empezaron á desmembrar á España del apogeo de su poderio. La falta de costumbres y la negligencia de los tres monarcas posteriores, fueron el golpe que acabó de despeñarla al abismo.

En resumen, creemos sinceramente con el eminente historiador Ferrer del Río, que la casa de Austria produjo más males que bienes á España durante el período relativamente corto de su dominacion.

Cierto es que los dominios españoles se aumentaron considerablemente á impulso del pensamiento de monarquía universal que germinaba en la mente de Cárlos I; pero ¡qué costa! El tesoro exhausto, los pueblos empobrecidos, la agricultura falta de brazos porque se los llevaban á morir en las batallas y en lejanos climas: nula la industria, muerto el comercio, era como si poseyéramos un gran terreno erial.

Los resultados fueron los que lógicamente debían ser. Revoluciones intestinas, guerras exteriores que acabaron de empobrecer á la nacion, y concluyeron por emancipar muchos de los pueblos que la estaban sujetos, creando simpatías en pro de otra dinastía, siquiera fuera porque al ser desconocida se abrigaba la esperanza de que gobernara mejor, y allanando de esta suerte el camino para el advenimiento de la casa de Borbon.

Veamos ahora hasta qué punto ha sido provechoso ó perjudicial este nuevo período á España.



LUIS XIV PRESENTA Á FELIPE V COMO REY DE ESPAÑA